

pero ¿cuáles son nuestros méritos para lograr esta protección especial?

2. Resuelve, pues, desde hoy copiar en tu conducta aquella virtud mas particular en que resplandeció el santo de tu mayor devoción, en cuanto lo permita tu estado ó condicion. Siempre hallarás mucha diferencia entre tu vida y la suya, con tal que te examines, no por las reglas que te sugerirá tu amor propio, sino por las del Evangelio y de la conciencia, que no pueden engañarte. Tu soberbia, tu vanidad, que no pueden engañarte. Tu poca mortificación, tu dureza con los pobres, se hallarán en oposición visible con la conducta del santo á quien te encomiendas. Procura, pues, humillarte, ser mas mortificado y mas ejemplar en tus acciones, que así te será muy útil la intercesion de los santos.

### DIA DIEZ Y NUEVE.

#### SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

San José, esposo de la santísima Virgen, y en cierto sentido padre del Salvador del mundo, nació en la Judea hacia los cuarenta ó cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; pero es probable que fué Nazaret, poblacion corta de la Galilea inferior, donde tenia el santo su habitacion. Era de la tribu de Judá, y de la familia real que habia reinado desde David hasta la cautividad de Babilonia. Y aunque estaba del todo oscurecido el esplendor de esta régia casa, se conservaba su nobleza en los descendientes de ella, todos de sangre real, bien que sin rentas y sin empleos que la hiciesen brillar en el mundo: nobleza en fin des-

T. 3.

P. 458.



S. JOSÉ.

lucida, que estaba como sepultada en la pobreza y en el estado humilde de los que la poseían.

Dos evangelistas han escrito la genealogía de san José, y ambos prueban concluyentemente su descendencia del real tronco de David, aunque por diferentes ramos: tan necesaria era esta circunstancia para que en la persona del Salvador se reconociese al verdadero Mesías. San Mateo le hace descender de David por Salomon y por los demás reyes de Judá; y san Lucas por Natan, hijo de David. Aquel le hace hijo de Jacob, este de Heli. La opinion mas antigua, y la mas comun entre los santos padres, es la que Julio Africano, autor que vivió hácia el fin del segundo siglo, asegura haber sabido por tradicion de boca de algunos parientes del mismo Salvador: es á saber, que Jacob y Heli fueron hermanos uterinos; y que habiendo muerto Heli sin tener hijos, Jacob se casó con la viuda para suscitar á su hermano sucesion segun la ley, y que de este matrimonio nació san José.

Predicando el famoso Gerson el dia de la Natividad de nuestra Señora, á presencia de los padres del concilio de Constanza, dijo se podia creer piadosamente que san José habia sido santificado en el vientre de su madre: *Pia credulitate credi potest.*

Habiéndole destinado la divina Providencia para ser esposo de Maria, tutor y amo de cria del Salvador, quiso que fuese de sangre real, pero pobre. Habiendo resuelto el Señor nacer en la humildad de un establo, y pasar toda la vida en la necesidad y pobreza: ¿cómo habia de escoger por padre á un hombre rico que viviese en la esplendidez y abundancia?

Descubriéronse pocas ó ningunas señas de niñez en sus primeros años; porque prevenido desde la cuna con dulces bendiciones del cielo mas que ningun otro santo, crecia en prudencia mas que adelantaba en edad. Como el Señor le habia hecho únicamente para

si, reinó perpetuamente él solo en su corazón. Nunca padeció quiebra ni alteración su pureza; la principal ocupación de su juventud era la más exacta observancia de la ley, y todos los ejercicios de la más religiosa devoción.

Era de profesión carpintero; pero aunque en el oficio fuese deslucido y humilde, jamás hubo en el mundo hombre ni más noble ni más brillante á los ojos de Dios, dice san Epifanio (1); ninguno se acercó ni con mucho al mérito y á la eminente santidad de este gran patriarca.

Como Dios proporciona sus gracias á los empleos, dice santo Tomás (2), los dones sobrenaturales corresponden siempre á la excelencia y á la santidad del estado á que nos destina. Pues, habiendo escogido el Señor á san José para ser en la tierra, digámoslo así, el archivo de sus mayores secretos, agente y secretario del Altísimo en el misterio de la encarnación, esposo de María y protector de su virginidad, tutor y ayo del mismo Jesucristo, y en este sentido padre suyo: comprended, dice san Bernardo, cuánto sería el resplandor de sus virtudes, cuánta la multitud de sus dones sobrenaturales, y cuán sublime su elevación y excelencia.

Habia llegado san José á aquel supremo grado de perfección, que expresa el Evangelio en una sola palabra, llamándole el varón justo, esto es, el hombre que posee todas las virtudes en grado eminente; cuando queriendo el Verbo tomar carne en las entrañas de una virgen, Dios escogió á María para ser su madre, y á José para ser esposo de ella.

Como la santísima Virgen se había consagrado á Dios en el templo casi desde la misma cuna, tocaba aun más á los sacerdotes que á sus padres buscarla un esposo que fuese digno de ella; y aquellos esco-

(1) Hæc. 78. — (2) Part. 3. q. 27. art. 4.

gieron á José, que sobre ser de la misma casa de María, estaba conceptuado por el hombre más modesto; por el más prudente, por el más religioso de su tiempo.

Es constante que san José, prevenido de una gracia especial casi desconocida en aquellos tiempos, había resuelto guardar perpetua virginidad; y es probable que no habiendo ley alguna que obligase á casarse las mujeres solteras, nunca hubiera consentido la santísima Virgen en el matrimonio con san José, si con luz superior no se la hubiera manifestado su eminente santidad, y el deseo que tenía de conservarse perpetuamente virgen como ella. Y aun por eso no encuentra dificultad san Agustín en comparar la virginidad de san José con la de María: *Habet Joseph cum Maria conjugem communem virginitatem* (1). El cardenal san Pedro Damiano está tan persuadido de que san José fué siempre virgen, que quiere se cuente esta verdad en el número de aquellas de que no es lícito dudar: *Ecclesia fides in eo est, ut non modo Deipara, sed etiam putativus pater atque nutritivus virgo habeatur* (2). Y á la verdad, reflexiona santo Tomás, si el Salvador no quiso encomendar su madre á un discípulo que no fuese virgen, ¿cómo es verosímil que permitiese se desposase con ella un hombre que no lo fuese? Los que creyeron que san José había sido dos veces casado, y que de su primera mujer había tenido á Santiago, á Simon, y á los demás que en el Evangelio se llaman hermanos y hermanas del Salvador, no hicieron reflexión á que la madre de estos parientes de Cristo vivía todavía en tiempo de la pasión, y que esta se decía también hermana de la santísima Virgen, por la costumbre tan sabida de los Judíos, entre los cuales se trataban de hermanos los parientes más inmediatos.

(1) Serm. 25 de Diversis. — (2) Epist. 2 ad Nic. Pap.

Celebróse en Jerusalem el purísimo desposorio, en el cual, como se explica el célebre Gerson, no tanto fueron dos esposos cuanto dos virginidades las que contrajeron matrimonio. *Virginitas nupsit* (1). No hubo ni habrá en el mundo matrimonio mas feliz, porque ni le hubo ni le habrá mas santo; y si María recibió en José un custodio y un protector de su virginidad y de su honor, José, dice san Juan Damasceno, recibió en María la dignidad mas augusta que puede imaginarse en la tierra siendo esposo suyo: *Virum Mariæ: hoc est prorsus ineffabile, et nihil præterea dici potest* (2).

Santo Tomás es de sentir (3) que inmediatamente despues de los desposorios hicieron los dos santísimos esposos, de comun consentimiento, voto de perpetua castidad, pareciéndole que dos personas tan santas no podian dispensarse en un acto de religion tan perfecto. A pocos dias de desposados se apareció el ángel san Gabriel á la Virgen María en su pobre casa de Nazaret; y habiéndola saludado en términos de profunda veneracion por la dignidad de madre de Dios, á la que sabia que dentro de un instante habia de ser elevada, la descubrió todo el misterio de la encarnacion, intimándola que aquel Dios que queria hacerse hombre para redimir al género humano, la habia escogido para madre suya.

Vivia san José con la Virgen mas como ángel que como hombre, y verosíblemente quiso el Señor que ignorase lo que pasaba, para que su misma duda fuese una sensible prueba de la milagrosa concepcion del Salvador, y de la virginidad de la madre. Esta se guardaba bien de descubrir á su casto esposo el misterio que el Espíritu Santo queria estuviere reservado hasta su tiempo, cuando el mismo José advirtió el preñado

(1) Opusc. de Conjug. Mariæ et Jos. — (2) Orat. de Nativ. E. V.  
— (3) 3 part. quæst. 28. art. 4.

de la purísima esposa. El superior concepto que tenia de su elevada santidad, no le permitia admitir ni aun la mas leve sospecha que manchase su reputacion, y antes se inclinó á creer que era sin duda aquella doncella de quien decia Isaías (1) que habia de nacer el Salvador. Con efecto, lo creyó asi, dice san Bernardo; y movido de aquella especie de humildad y de respeto que mas tarde obligó san Pedro á decir: *Señor, apartaos de mi, porque soy un gran pecador*, pensó José en dejar á su esposa María. *Accipe et in hoc non meam, sed patrum sententiam* (2), añade el santo abad: Esta no es sentencia particular mia, es sentencia de los santos padres.

No sabia el casto esposo á qué partido determinarse: apartarse de ella, era desacreditarla; y no se creia bastante santo para morar con ella. En esta perplejidad se le apareció un ángel, y le dijo: José, acuérdate que eres de la casa de David, de la que ha de nacer el Mesias; y no creas sea sin designio que el Señor te dió á María por esposa; el niño que tiene en sus entrañas, y que ha concebido por la virtud del Espíritu Santo, es el Salvador del mundo, el Hijo único del Padre eterno, el Mesias prometido; y Dios te ha escogido para ser su tutor, su amo de cria, y en este sentido su padre. No receles, pues, de quedarte con María tu esposa; eres destinado para guarda fiel de su virginidad y de su honor, y si se quedara sin esposo, no podria ser madre sin detrimento de su reputacion. Pondrás el nombre de Jesus al infante que naciere, para dar á entender á los mortales que este es el que viene á redimirlos y á salvarlos, ofreciéndose en sacrificio por los pecados de los hombres.

Instruido ya José del mayor de todos los misterios,

(1) Cap. 7. — (2) Homil. 2 Super missus est.

no miró desde aquel punto á la Virgen mas que como á madre del Redentor, creciendo en él la respetuosa veneracion con la ternura. San Buenaventura es de sentir que la acompañó en la jornada que hizo para visitar á su prima santa Isabel; y á la verdad, no parece verosímil que hubiese dejado ir sola á la santísima Virgen en viaje tan largo y tan penoso.

Cerca de seis meses despues, se vió precisado san José á pasar á Belen con la santísima Virgen; pues en virtud del decreto que publicó el emperador César Augusto, mandando registrar los nombres de todos los vasallos de su imperio, debia registrar el suyo en aquella ciudad donde estaba el solar de la casa de David cuyo descendiente era. Asi sonaba en el designio de los hombres, pero en el intento del cielo iba á aquel lugar para que Maria diese á luz en él al Verbo encarnado, al Mesias prometido, como lo tenian vaticinado los profetas. Padeció José en Belen todo el dolor y toda la amargura que podia padecer un corazon tan grande y tan tierno como el suyo, porque á pesar de todas sus diligencias no pudo hallar otro albergue que las ruinas de una casa vieja que servia de establo. Adoró á la divina Providencia, y se rindió con profundo silencio á sus soberanas disposiciones.

En este humilde lugar vió nacer en la mitad de la noche al Salvador del linaje humano; pero ¡cuáles fueron los extraordinarios favores, cuáles las interiores dulzuras con que el divino Infante colmó el alma de san José, á quien miraba y amaba como á padre! No fué menos sensible el gozo de nuestro santo cuando vió llegar aquella dichosa tropa de pastores, que enviaba el cielo á adorar al Salvador; ni sirvió de menor motivo á su gozosa admiracion la venida de los Magos pocos dias despues: unos reyes que venian del Oriente para tributar rendimientos

al que, desconocido en su misma patria y desechado de los suyos, se habia visto reducido á nacer en un establo.

Cuarenta dias despues del nacimiento del niño Jesus, tuvo san José la dicha y el consuelo de conducirle al templo de Jerusalem. Fué testigo ocular de las maravillas que alli pasaron; pero apenas dió la vuelta á Belen, cuando un ángel le advirtió el impío intento que tenia Herodes de quitar la vida al divino Infante, y le ordenó que se retirase á Egipto con el hijo y con la madre. No difirió un punto el obedecer, en virtud de aquella perfecta sumision que profesaba á las disposiciones de la divina Providencia; y sin dar lugar á vanos discursos ni cavilaciones de la prudencia humana, partió al instante para Egipto, donde permaneció, hasta que, muerto Herodes, volvió á aparecersele el ángel del Señor, y le ordenó que con el hijo y con la madre se restituyese á Palestina.

El Evangelio da bastante fundamento de creer que san José pensaba fijar su habitacion en Jerusalem ó en Belen, como en lugares oportunos para la educacion del Mesias; pero habiendo sabido que aquellas dos ciudades estaban sujetas á la dominacion de Arquelaos, hijo de Herodes, y temiendo que el nuevo rey heredase la desconfianza y la crueldad de su padre, se retiró, con aviso del cielo, á Nazaret, donde habia hecho menos ruido el nacimiento del Salvador, y donde no habia tanto que temer, por ser el mismo san José mas conocido. En esta afortunada ciudad vivia aquella santa familia, la mas augusta y la mas respetable que hubo ni ha de haber jamás en el mundo, en una profunda, pero venerable oscuridad; sustentando san José al niño Jesus y á su madre con su trabajo, y obedeciendo este divino Salvador á san José como á padre suyo.

Siendo san José religiosamente observante de la

ley, inviolablemente iba todos los años á Jerusalem en compañía de la santísima Virgen para celebrar la fiesta de la pascua; y habiendo llevado consigo al niño Jesus, cuando ya habia cumplido doce años, al volverse á Nazaret le echaron menos. Es indecible la afliccion y la inquietud de la Virgen y de san José los tres dias que le anduvieron buscando. Habiéndole hallado finalmente en el templo en medio de los doctores, no se pudieron contener sin quejarse amorosamente del dolor y de la pesadumbre que les habia causado con su ausencia. *Hijo mio, tu padre y yo te hemos andado buscando*, le dijo la santísima Virgen; pero con la respuesta del Salvador se les enjugaron las lágrimas, y comprendieron el misterio.

El Evangelio nada mas nos dice de san José, sino que vueltos á Nazaret, el niño Jesus le era sujeto como á su padre. Pero ¿qué cosa mayor se pudiera decir, ni que fuese capaz de dar mas alta idea del extraordinario mérito y eminente santidad de san José, escribe el sabio Gerson, que el decir que el Hijo de Dios le fué sujeto, y que le amó, le estimó y le honró como á padre suyo? *Quæ subjectio, sicut inæstimabilem notat humilitatem in Jesu, ita dignitatem incomparabilem signat in Joseph et Maria.*

Vivió todavia algunos años san José retirado y desconocido, en compañía de la Virgen y del Salvador. Ninguna familia poseyó mas ricos tesoros: ¿que cosa se puede imaginar mas santa, mas perfecta, ni mas digna de nuestro culto? No se sabe de fijo el año en que murió este santo patriarca; pero se cree con bastante probabilidad que ya habia muerto cuando el Salvador del mundo comenzó á predicar. Lo que parece cierto es que si san José viviera cuando murió el Salvador, no hubiera este encomendado su madre al evangelista san Juan poco antes de espirar.

Es fácil comprender cuán preciosa seria la muerte

de este gran santo, á quien el Hijo de Dios quiso excusar el dolor que le causaria la suya. ¿Qué muerte mas dulce, qué muerte mas preciosa en los ojos del Señor, qué muerte mas santa que la del que mereció tener á su cabecera al mismo Jesucristo, ser asistido por la santísima Virgen hasta la muerte, y espirar en manos del Hijo y de la Madre; ¿Qué multitud de espíritus celestiales no acompañarian aquella bendita alma hasta dejarla depositada en el limbo!

Es cierto que cuando Cristo resucitó, resucitaron tambien muchos santos, y piadosamente se cree que san José fué de este número; porque, habiendo hecho el Señor tantos milagros para descubrir y para exponer al culto de los fieles las reliquias de tantos santos, no es probable hubiera querido privar de esta honra á las de san José, si su sagrado cuerpo hubiese quedado en la tierra.

Aunque la Iglesia profesó siempre singular veneracion á este gran santo, con todo eso no fué tan público su culto en aquellos siglos llenos de tinieblas y poco tranquilos, en que solo el nombre de padre de Jesucristo hubiera podido hacer en los gentiles una impresion menos ventajosa al cristianismo, y servir de pretexto á los herejes que negaban su divinidad. Hasta que gozó de paz la Iglesia, no comenzó á hacerse familiar á los fieles la devocion de san José. Háliase su nombre al diez y nueve de marzo en los martirologios latinos escritos mas de ochocientos años ha, y aun es mas antigua su fiesta en la iglesia griega.

Los magníficos elogios que el sabio Gerson, cancelario de la universidad de Paris, hizo de san José en el concilio de Constanza, y lo que dice de la confianza que todos los fieles deben tener en la poderosa intercesion de este gran santo, acreditan su zelo y su piedad. Escribió diferentes cartas para que se cele-

brase con mayor solemnidad la fiesta de san José. La primera fué dirigida al duque de Berry en el año de 1413; la segunda al chantre de la iglesia de Chartres, y la tercera á todas las iglesias. Gregorio XV y Urbano VII la hicieron fiesta de precepto, prohibiendo en ella las obras serviles y las funciones públicas de los tribunales.

No hay religión alguna en la Iglesia de Dios que no profese particular devoción á san José; no hay cristiano que no tenga en este gran patriarca una tierna y amorosa confianza. Los muchos milagros que obra el Señor por su intercesión en toda la cristiandad, y los singulares favores que experimentan todos los que le invocan, muestran visiblemente que nada niega el Salvador al que siempre amó como á padre, y al que quiere que nosotros honremos como á tal.

Pero lo que mas ha contribuido en estos últimos tiempos á promover la devoción á san José, fué la singularísima que le profesó santa Teresa de Jesus, dejándosela como en herencia á sus hijos y á sus hijas, en quienes vive hoy con toda edificación el espíritu y la piedad de su santa madre. En el capítulo sexto de su vida dice lo siguiente :

« Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho á él; vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta la grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma : que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender que,

así como le fué sujeto en la tierra, y como tenia el nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas á quien yo decia se encomendasen á él, tambien por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad.

» Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia.... Quería yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para mas bien mio.... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habian de ser aficionadas... Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino. » Hasta aquí son palabras de santa Teresa.

En muchas iglesias se celebra con grande solemnidad, el día veinte y dos de enero, la fiesta de los desposorios de san José con la santísima Virgen, y ya en el siglo décimocuarto se celebraba en la Iglesia esta festividad. Hay en varias partes fundadas muchas congregaciones y cofradías, con el título de san José, para asistir á los agonizantes. ¿Y qué santo mas poderoso para ayudarnos en aquel crítico momento? En la santa capilla de Chambery se muestra un báculo ricamente engastado, que se dice por piadosa tradición

haber sido de san José; y en Perugia de Italia se venera el anillo de sus santos desposorios; acreditando al parecer la verdad de esta reliquia los favores que cada día se reciben del cielo por la devoción á ella.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Judea, el tránsito de san José, esposo de la santísima virgen María.

En Sorrento, los santos mártires Quinto; Quintila y Marco, con otros nueve.

En Nicomedia, san Pancario, romano, el cual, habiendo sido degollado en tiempo de Diocleciano, consiguió la corona del martirio.

En el mismo día, los santos obispos Apolonio y Leoncio.

En Gante, los santos Landoaldo, presbítero romano, y Amancio, diácono, los cuales fueron enviados á predicar el Evangelio por el papa san Martín, y después de muertos fueron esclarecidos con muchos milagros.

En la ciudad de Pinna, el tránsito de san Juan, varón de gran santidad, el cual, habiendo venido de Siria á Italia, edificó allí un monasterio de muchos siervos de Dios, de los cuales fué prelado por espacio de cuarenta y cuatro años; al cabo, esclarecido en virtudes, murió en paz.

*La misa del día es en honra de san José, y la oración la siguiente.*

Sanctissimæ Genitricis tuæ sponi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur. Qui vivis...

Suplicámoste, Señor, que nos ayudes por los merecimientos del esposo de tu santísima Madre, para que consigamos por su intercesión lo que no podemos alcanzar por nosotros mismos. Que vives...

*La epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.*

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendición. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó por su fe y por su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque le oyó á él y á la voz de él mismo, y le introdujo en la nube. Y le dió cara á cara preceptos, y ley de vida y de ciencia.

#### NOTA.

« El autor del libro del *Eclesiástico*, de donde se sacó esta epístola, hace un grande elogio de Moisés, cuando dice que fué amado de Dios y de los hombres, que su memoria está llena de bendición, y que aunque el Señor le elevó á tan alta dignidad que llegó á llamarle Dios de Faraon, no por eso se engrió, antes fué mas modesto y mas humilde. No se podía escoger en la Escritura elogio mas adecuado á san José. »

#### REFLEXIONES.

La honra que se rinde á los santos es una especie de feudo que se tributa á la virtud. Bien puede el mundo perseguir á los buenos, pero no puede dejar de respetar la inocencia, la rectitud, la bondad, conservando